



José María Martínez Cachero

## **Visita a Azorín**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**José María Martínez Cachero**

## **Visita a Azorín**

El teléfono venía por «Azorín», y cuando en el amplio zaguán de Zorrilla 21 preguntabais al portero, éste decía: «'Azorín' vive en el segundo izquierda». Héme ya en el domicilio del escritor; una gentil doncella guía. Salita estilo Luis XV, con el tan difundido retrato de Zuloaga en un lienzo de pared; enfrente del retrato, puerta que comunica con el cuarto de trabajo y de visitas. La gentil guadora toca suavemente en la puerta; se abre una hoja y aquí está -erguido, magro, elegante- José Martínez Ruiz. Os saluda; os invita a sentarse a su lado. ¡A qué decir que el visitante experimenta emoción y respeto a un tiempo, que en su garganta hasta parece anda formándosele un nudo nervioso! La conversación se inicia.

¿Quién ha escrito, dónde he leído yo que resulta punto menos que imposible hablar con Azorín? Cierto que el suyo es un talante de silencioso, de observador, de excelente escuchador -y de ello está hecha buena parte de su literatura-. Se comienza hablando del oficio: libros, autores, tendencias, grupos; y por aquí se sigue y se sigue sin apenas parada, con sólo esos breves silencios que son el punto y aparte preciso hasta que, en la línea siguiente, en el minuto siguiente se abre nuevo párrafo.

Compendio en una mis tres últimas visitas al maestro. Y a propósito, ¿cómo nombrarle directamente, cara a cara? «Porque usted, Maestro...». ¡Ah, no; se hubiera enfurruñado! Eso para dicho en un libro, y nada más. Entonces: «Es que, don José...». Tampoco queda bien: demasiada familiaridad casera. Claro está que no vale decirle señor Martínez Ruiz: «Señor Martínez Ruiz, yo he leído con fervor sus libros», por ejemplo. Prosiguiendo con mis visitas: hubo, entre otros, dos temas que se reiteraron: sus cuentos, las oposiciones.

Es que en abril del 60 yo estaba haciéndolas; y en noviembre del 64 actué como miembro de un tribunal; y entremedias, marzo de 1963, la temerosa palabra había surgido, Dios sabe cómo, en nuestro departir. Por eso en la conversación me preguntó Azorín: -¿De oposiciones? para, a seguido, añadir-: He sido juez dos veces, de Institutos, cátedras de Historia y cátedra de Literatura. Opositaba aquí un señor Gaya (don Samuel Gili Gaya) que era, sin duda, el mejor. Yo le voté, pero solamente tuvo mi voto. Yo no tomaba notas, porque cinco minutos de actuación me bastaban para darme cuenta de si el opositor valía o debía ser rechazado. (¡Y uno, Señor, que estaba tomando notas como un descosido...!).

Que el tema de los cuentos azorinianos se reiterara en mis visitas fue debido a que yo, autor de un libro sobre sus novelas, proyectaba completar el estudio de su obra narrativa con un análisis de los varios centenares de cuentos por él compuestos. Una vez que le comuniqué el propósito me dijo, rotundo: «Yo creo que soy cuentista». Y a continuación, como para atenuar el énfasis vanidoso del aserto, me leyó una frase de San Felipe Neri (a quien estaba releyendo a principios de marzo del 63, y con enorme gusto); el santo italiano

venía a decir que ningún hombre que se tenga por tal debe permitirse un solo momento de autoelogio.

Seguimos cuentos adelante y a mis preguntas, muy preparadas y por lo mismo bien concretas, contestaba satisfactoriamente. Sólo recuerdo algo así como una rebelión. Le preguntaba yo por autores de relatos breves coetáneos suyos y se salió diciéndome que la Pardo Bazán y «Clarín», una de sus máximas dilecciones. -No, no es eso- corrijo -yo le pido gentes más de su tiempo, de su generación, por el estilo de un Baroja, el autor de Vidas sombrías-. Y se fue por este libro, que había releído recientemente (estamos ahora en noviembre del 64) y que le había decepcionado.

Vuelvo a la carga y apunto otro nombre: el de José Nogales, el autor del famosísimo Las tres cosas del tío Juan, de quien acababa yo de comprar un volumen de cuentos en una librería de lance. Azorín no le da vuelta al son y antes de que yo me reponga para el nuevo envite, se evade fronteras afuera y menciona a Maupassant y a Villiers de l'Isle Adam, los cuales han ejercido algún influjo en mi obra, aunque -concluye- cada uno es cada uno.

Quise cortar aquí la madeja de las preguntas y los recuerdos, abundante por suerte, y dejarlo ya, pero cuando insinuó la marcha Azorín me retiene afablemente y debo seguir conversando con él.

Aprovechó entonces para preguntarme si conocía el estudio de Robert E. Lott, un profesor norteamericano, acerca de su novela El caballero inactual (antes titulada Félix Vargas), estudio publicado en 1963. Me dice que es un libro encarnado que está en un montón de libros sobre una mesa próxima y como yo no lo encuentro, se levanta él mismo, pero tampoco da con el volumen. Opina que es un trabajo bien hecho: Lott, su autor, estuvo en Madrid y Azorín le explicó que en esa novela había querido experimentar hasta donde podía llegarse en el uso de la elipsis en la prosa española. Por cierto que Azorín censura los estudios críticos debidos a norteamericanos (no los que se han escrito sobre él, que son ya bastantes) por ese afán que domina a los autores, empeñados en buscar y aducir todo lo que hay acerca del asunto en cuestión pero sin que en ningún momento (o en muy escasos momentos, y demasiadamente breves) se vea la opinión propia (si la tuvieran).

De la mesa en que escribe y lee y sobre la que nos apoyamos conversando, de uno de sus cajones saca un libro suyo, Blanco en azul; es el número 461 de la colección Austral, agrupa cuentos y se publicó por vez primera en 1929. Toma un bolígrafo con tinta negra y escribe, con pulso aparentemente firme, pero la letra le sale temblona: «A José María Martínez Cachero, su agradecido, Azorín. 14 noviembre 1964». Le doy las gracias muy de corazón. Me pregunta entonces si tengo otro libro suyo reciente, recopilación de artículos periodísticos bajo el título de Varios hombres y alguna mujer. -No, no lo tengo, respondo. Se levanta, toma su bastón y paso a paso, titubeantemente, se dirige hacia la habitación del fondo -¿la biblioteca?- y torna con un ejemplar. Escribe: «A Martínez Cachero, fraternalmente. Azorín». Me dice: -Apenas lo he regalado a algún amigo. Salió lleno de erratas, varias disparatadas. Si lo lee usted, sabrá disculparlas.

Héteme aquí con dos libros del Maestro, regalo suyo y con dedicatoria autógrafa. Con tan preciosa carga en la mano me despido ya. Él se queda en su sillón -no le he dejado

acompañarme hasta la puerta-, leyendo el Oráculo, de Gracián -¿cuántas veces habrá hecho Azorín esta lectura?-, donde me ha señalado hace un momento aquel estremecedor dicho de las patrias que son «madrastras de sus eminencias». ¡Ah, España, España!, va diciéndose el visitante escaleras abajo y después, rumbo ya a la plaza de las Cortes, en este mediodía de abril, o de marzo, o de noviembre (¡qué más da!), lleno de sol que ilumina, y alegre, y enardece. Carrera de San Jerónimo, Paseo del Prado, Atocha: la prisa, los ruidos, la marca de los coches, el pregón de los vendedores. Uno va, sin embargo, abstraído, pensando en este gran varón hispano que ahora mismo -el codo en la mesa y en la palma de la mano, la mejilla- contempla, o recuerda, el paso de una nube blanca por el cielo azul.

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**